



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

 Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

ENSAYO ACADÉMICO

HABITAR DESDE UNA ÉTICA DEL CUIDADO

UNA DERIVA CRÍTICA Y SITUADA

Estudiante: Luana Isabel Fernandez Bisio

Tutor: Prof. Adj. Daniel Fagundez D'Anello

Revisora: Prof. Agda. María Ana Folle Chavannes

Octubre 2025

Montevideo, Uruguay

Por alguna razón, aún un poco desconocida, dedico este trabajo a mis abuelas, Esther e Isabel. Hay algo de ellas, de sus saberes, de sus historias, de los recuerdos que todavía atesoro y me hacen sentir las presentes, que han sido guía y motor en este intento de recuperar la dimensión vital de los cuidados.

Eternamente agradecida a mi mamá y mi papá por ser hogar y sostén siempre, y a mi familia entera, en su composición amplia y difícil de explicar. A mis amigas, por ser refugio y risas. A mis compañeras cooperativistas, por haber sido compañía y confianza durante estos años de trabajo juntas. Y a las familias que he acompañado, por sus aprendizajes y enseñanzas, esto también es gracias a ustedes.

Agradecida también a TEBAC-Capurro y a todes les que han sido y siguen siendo parte. En especial a Daniel, por la oportunidad y la confianza; y a Rocío, por ser compañía en estas primeras experiencias. Ojalá sigamos probando y creando cosas juntas por mucho más tiempo.

RESUMEN

Este trabajo es una deriva crítica y situada de un proyecto denominado *Territorialidades Barriales de la Ciudad Contemporánea* (TEBAC), desarrollado entre los años 2018 y 2025 en el barrio Capurro, Montevideo, Uruguay. Mi vínculo con este proyecto comenzó como estudiante en el año 2023 y continuó luego con mi incorporación al equipo, lo que posibilitó mis primeras experiencias docentes. En la actualidad nos encontramos en una etapa de cierre, en la cual uno de los dispositivos de sistematización es un libro colaborativo. Durante su proceso de lectura y composición empecé a notar cómo, en las producciones narrativas de mujeres, las vinculaciones afectivas en torno a la barrialidad se relacionaban con las prácticas de cuidado que ellas desplegaban en su cotidianidad. Esto capturó por completo mi atención y me llevó a preguntas como: ¿Cuántas de estas prácticas quedarán invisibilizadas en el día a día? ¿Cómo hacer visible la trama de la vida y del cuidado en los barrios? ¿En qué prácticas cotidianas se hacen presentes? ¿Por qué será importante hablar de esto? ¿Es posible desvincularlas de la identificación a ciertas imágenes, comportamientos y expectativas asociadas a la feminidad? ¿Cómo sería resituarlas como acción política de resistencia? De estas interrogantes surge este trabajo como una deriva crítica y situada, atravesada por preguntas, y motivada por la necesidad de generar nuevas imágenes de pensamiento que nos permitan revalorizar los cuidados como paradigma ontológico, ético y político; para desde allí, poder pensar nuestras prácticas profesionales como compañías, críticas, situadas y artesanales.

Palabras claves: *cuidados, habitar, acción política, producción de lo común*

ABSTRACT

This work is a critical and situated drift of a project called *Territorialities of Neighborhoods in the Contemporary City* (TNCC), developed between 2018 and 2025 in the Capurro neighborhood, Montevideo, Uruguay. My connection with this project began as a student in 2023 and later continued with my incorporation into the team, which enabled my first teaching experiences. We are currently in a closing stage, in which one of the systematization devices is a collaborative book. During the process of reading and composing this book, I began to notice how, in the narrative productions of women, affective connections around neighborhood life were intertwined with the care practices they carried out in their daily lives. This completely captured my attention and led me to questions such as: How many of these practices remain invisible in everyday life? How can the fabric of life and care in neighborhoods be made visible? In what daily practices do they become present? Why is it important to talk about this? Is it possible to detach them from identification with certain images, behaviors, and expectations associated with femininity? How might we resituate them as political acts of resistance? From these questions, this work emerges as a critical and situated drift, traversed by inquiries and motivated by the need to generate new images of thought. These, in turn, allow us to revalue care as an ontological, ethical, and political paradigm. From there, we can think of our professional practices as forms of accompaniment—critical, situated, and artisanal.

Keywords: *care, dwelling, political action, production of the common*

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	1
2. INVESTIGAR DESDE LA INTEGRALIDAD Y OBJETIVIDAD FEMINISTA	3
2.1. Territorialidades barriales en la ciudad contemporánea	3
2.2. Producciones narrativas del habitar en Capurro	5
3. DESTERRITORIALIZANDONOS	7
3.1. Habitar la pregunta por el presente	7
3.2. Acontecimientos como oportunidades de devenir	10
4. VOLVER A SITUAR LOS CUIDADOS	15
4.1. Identidades incardinadas	15
4.2. Territorio-cuerpo-tierra	18
4.3. Los cuidados como estrategia y acción política	21
5. PRIMERAS DERIVAS POSIBLES	25
5.1. Habitar desde una ética del cuidado	25
5.2. La psicología como compañías	27
6. CONCLUSIONES	31
7. REFERENCIAS	34

1. INTRODUCCIÓN

A través de este ensayo académico¹ intento compartir mi búsqueda por rescatar la dimensión vital de los cuidados, comprendiéndolos como prácticas, gestos y actitudes que acompañan nuestra cotidianidad y permiten el sostenimiento de nuestra existencia. Esta búsqueda se encuentra guiada por una intuición y necesidad personal de recuperar la potencia que estas experiencias ofrecen. Entendiendo por potencia «las acciones y pasiones de las cuales algo es capaz» (Deleuze, 2003, p.40).

Es una deriva crítica y situada de una investigación denominada *Territorialidades Barriales de la Ciudad Contemporánea* (TEBAC) que inició en el año 2018 en el barrio Capurro de Montevideo, Uruguay. En la que metodologías cualitativas como la etnografía de la subjetividad (Álvarez Pedrosian, 2011), la investigación-acción participativa (Balcazar, 2003), producciones narrativas (Balasch & Montenegro, 2003) y cartografías sensibles (Pozzana de Barros & Kastrup, 2009); se pusieron al servicio de la exploración y la pregunta por el habitar permitiendo «una aproximación integral y situada de las tramas territoriales» (Fagundez, 2024b, p.4).

En la actualidad, nos encontramos en una etapa final de sistematización y divulgación de estos seis años de trabajo. Los mismos se condensaron en una producción audiovisual y en un libro con el propósito de validar y difundir la multiplicidad de voces y sentires que componen los saberes-habitantes (Álvarez Pedrosian, 2018) de esa barrialidad. Fue particularmente, durante el proceso de lectura y composición del libro que empecé a notar cómo, en las narrativas de las mujeres, las vinculaciones afectivas a esa barrialidad se relacionaban con las prácticas de cuidado que ellas despliegan, siendo esto gran parte de su cotidianidad.

Sus relatos fueron impulso para embarcarme en esta escritura. Fue un proceso de deriva, de descomposición y composición, en los cuales la interpellación y los naufragios se hicieron presente en cada intento de superar automatismos y naturalizaciones. Es un intento de dejar ir identidades y categorías que rigidizan nuestra existencia consagrando modos inalterables que suprinen nuestra posibilidad de devenir. Comprendo a este último como la

¹ Para la elaboración de este trabajo decidí emplear el uso del femenino para facilitar la lectura y revalorizar los saberes, aprendizajes y resistencias que han sido sostenidas, mayoritariamente por las mujeres desde lo doméstico. Esta elección no busca una mirada centrada en las identidades, todo lo contrario, a lo largo del trabajo se busca focalizar y priorizar las prácticas y las producciones subjetivas que de ellas se desprenden.

posibilidad de ser en movimiento, de acontecer en singular, como algo que irrumpre y escapa de lo esperado y nos permite ser de manera situada e inventiva (Percia, 2017).

Este trabajo es también un intento de desarmar algunas imágenes de pensamiento que atraviesan los cuidados. Es innegable que estos han representado una gran carga para algunos cuerpos y que, con frecuencia, se los asocia con el sacrificio y la abnegación vinculados a una supuesta cualidad femenina. Sin desconocer que esto circula, quiero poder salir de ahí para poder pensar los cuidados de manera democrática (Gilligan, 2000; Guzmán Sierra & López Céspedes, 2022). ¿Cómo podemos concebir el cuidado si, en el propio acto de hacerlo, nos descuidamos?

Conquistar nuestra singularidad, consolidarnos como seres independientes con un Yo separado de otros está presente en nuestra vida cotidiana. Se cuela todo el tiempo y la psicología no puede desconocerse por fuera de esto (Rolinik & Guattari, 2006). Por momentos entramos en esa ficción pero las experiencias de cuidado, en tanto prácticas, nos colocan en el inmanente reconocimiento de la interrelación e interdependencia que atraviesa nuestra existencia.

A partir de estas reflexiones surge este trabajo. Este busca alejarse de la producción de una utopía deseada, para reconocernos como entramados relationales donde lo posible e imposible es inmanente a nuestra existencia y se juega de manera constante en nuestras prácticas cotidianas (Garcés, 2013; Lee Teles, 2010). Los cuidados se entrelazan así con los procesos de subjetivación, con el habitar, con la posibilidad de acción política, con la producción de saberes-habitantes; para desde ahí pensar la construcción de un horizonte ético, político y ontológico que nos permita hacer de la psicología una compañía crítica, situada y artesanal.

2. INVESTIGAR DESDE LA INTEGRALIDAD Y OBJETIVIDAD FEMINISTA

«Docentes aprehendientes, estudiantes enseñantes y vecinos portadores de saberes legitimados por su comunidad y en diálogo con la academia»

Alicia Rodríguez et al., (2015)

2.1. Territorialidades barriales en la ciudad contemporánea

Este trabajo es una deriva crítica y situada de mi tránsito por un proyecto de investigación a cargo del Prof. Adj. Daniel Fagundez que inició en el año 2018 en el barrio Capurro de Montevideo, Uruguay. Uno de los principales objetivos del proyecto ha sido conocer las formas de habitar esa barrialidad, con especial interés en la producción de sentidos y las conexiones afectivas que de ellas se desprenden. A lo largo de estos años, fueron muchas las estudiantes que participaron y colaboraron en esta experiencia, entre quienes me encuentro. Mi incorporación sucede en el año 2023 a través del *Espacio de Formación Integral (EFI) TEBAC Capurro 6*, correspondiente al módulo Proyectos. Desde entonces me encuentro acompañando este proceso, que fue también compañía en mis primeras experiencias docentes.

El tránsito por esta experiencia me permite afirmar que, la integralidad como posicionamiento ético, político y estratégico -asumido por la Universidad de la República a partir de su segunda reforma- ha atravesado este proyecto (Rodríguez & López, 2020). Esto implicó, en primer lugar, la búsqueda por articular las funciones de enseñanza, investigación y extensión, a través de los EFIs y el desarrollo de proyectos de extensión universitaria². Asimismo, se establecieron articulaciones con otras disciplinas como lo fue el vínculo con el Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental³ (Labtee) y el que se generó durante estos años con la Facultad de Artes. Al mismo tiempo que se crearon espacios de producción de conocimiento, diálogo y toma de decisiones con habitantes y colectivos de Capurro.

² El más significativo para mí fue el proyecto *Capurro: infancias y sus habitares* financiado por CSEAM-Actividades en el Medio. El mismo fue diseñado y sostenido junto a Katherine Peña con la supervisión de Daniel Fagundez y en coordinación con la Escuela N°47 y el Jardín N°237. Para su ejecución colaboraron también las estudiantes de TEBAC-Capurro 2024.

³ El Labtee se interesa principalmente por el estudio de la producción de subjetividad y las formas de habitar desde el empleo de metodologías participativas y la transversalidad entre las artes, la filosofía, la comunicación, la psicología social, la antropología y la geografía.

Siguiendo a Alicia Rodriguez y Sandra López (2020) podemos comprender que llevar a cabo la integralidad implica desafíos epistemológicos y metodológicos específicos, de modo tal que «la producción de conocimientos se articule y emerja de la relación con los actores sociales» (p.2). Esta ha sido una de las búsquedas centrales de este proyecto en las que las metodologías cualitativas como la investigación-acción participativa (Balcazar, 2003), la etnografía de la subjetividad (Álvares Pedrosian, 2011), las producciones narrativas (Balasch & Montenegro, 2003) y las cartografías sensibles (Pozzana de Barros & Kastrup, 2009), ocuparon un lugar fundamental. Esto permitió afrontar así los desafíos que la integralidad plantea a través de la articulación de quienes investigamos a las tramas barriales, posibilitándonos comprender de manera experimental, colaborativa y situada la producción de sentidos y las conexiones afectivas que allí suceden.

Durante estos años de trabajo se propusieron talleres, y se mantuvieron encuentros con vecinas y colectivos en el que las producciones narrativas y las cartografías sensibles fueron fundamentales para conocer en profundidad los saberes-habitantes portadores de experiencias singulares-colectivas. Asimismo, la articulación con metodologías como la etnografía de la subjetividad y la investigación-acción participativa permitió, en primer lugar, «la inserción de los/las investigadores/as en el lugar en donde se producen las acciones colectivas, e implicarse a modo de acople o de ensamble con las propuestas comunitarias» (Fagundez, 2024b, pp. 216-217). Esto favoreció el establecimiento de relaciones que acompañaron procesos iniciados por las propias vecinas, como fue el caso de la Olla Capurro⁴ en el año 2020 y Capurro Textil⁵ en el año 2023.

En la actualidad, el proyecto se encuentra en su etapa final de sistematización y divulgación. En acuerdo con las vecinas se decidió armar un audiovisual con todo el material generado en estos años por parte del equipo de comunicación del Labtee. Y también un libro común compuesto por fragmentos de las veinte producciones narrativas elaboradas entre los años 2021 y 2024. Ambos materiales no buscan construir una historia lineal ni oficial de Capurro, sino validar la multiplicidad de voces y sentires de los saberes-habitantes. En palabras de Daniel Fagundez (2024b) podemos afirmar que:

El conocimiento generado es producto de un trabajo comunitario, y desde el equipo universitario trabajamos con el colectivo, siguiendo sus formas, decisiones y

⁴ Fagundez, D., Vidal, R., & Colectivo Olla Capurro (directores). (2021, noviembre 8). *Olla Capurro: El barrio se mueve* [Video YouTube]: <https://www.youtube.com/watch?v=97ZR7crtO9E>

⁵ Vidal, R., & Comunidad de Dragones y Flangini. (2024, abril 9). *Capurro Textil. Una historia obrera* [Video YouTube]: <https://youtu.be/OdgxbM5Pglo?si=2SAUrGBNIDDvP2OX>

emociones, tratando de dar desde nuestro lugar las herramientas aprendidas y aprendiendo de los saberes valiosos de la comunidad. (p.217)

Fue particularmente, el proceso de lectura y composición del libro el que inspiró e impulsó la elaboración de este trabajo. Releyendo las narrativas empecé a notar cómo, en las producciones de las mujeres, las vinculaciones afectivas en torno a la barrialidad se relacionaban con las prácticas de cuidado que ellas desplegaban en su cotidianidad. Esto capturó mi atención por completo, y me llevó a preguntas como: ¿Cuántas de estas prácticas quedarán invisibilizadas en el día a día? ¿Cómo hacer visible la trama de la vida y del cuidado en los barrios? ¿En qué prácticas cotidianas se hacen presentes? ¿Por qué será importante hablar de esto? ¿Es posible desvincularlas de la identificación a ciertas imágenes, comportamientos y expectativas asociadas a la feminidad? ¿Cómo sería resituarlas como acción política de resistencia?

2.2. Producciones narrativas del habitar en Capurro

Para la composición de este trabajo seleccioné ocho fragmentos de producciones narrativas pertenecientes a seis⁶ habitantes de Capurro. Interiorizándonos en sus particularidades metodológicas es preciso comprender, en primer lugar, que estas se fundamentan en la perspectiva epistemológica y política de Donna Haraway (1995), quien sostiene que todo pensamiento es necesariamente una mirada parcial, encarnada y situada. En consecuencia, la producción de conocimiento no puede concebirse ajena a estas condiciones; y es, el reconocimiento de este lugar ontológico desde el cual nos enunciamos lo que entendemos por objetividad feminista (Gandarias Goikoetxea & García Fernández, 2014).

Por tanto, la búsqueda metodológica no radica en construir respuestas homogéneas ni universalizables; sino que apela a la generación de un conocimiento crítico y localizado que, «a partir de conexiones parciales, tenga efectos en la construcción de mundos menos organizados en torno a ejes de dominación» (Gandarias Goikoetxea & García Fernández, 2014, p.101). De este modo, la verdad se multiplica, se expande produciendo nuevas conexiones y lecturas que reconocen saberes y prácticas otras, muchas veces invisibilizadas y subalternizadas por la búsqueda de universalidad y objetividad científica.

⁶ Cuatro de ellas fueron realizadas en el año 2021, una en el 2022 y otra en el 2024.

En este caso particular, las producciones narrativas realizadas se vincularon a la pregunta acerca de cómo era para ellas habitar Capurro, intentando así conocer las memorias afectivas que las conectaban a esa barrialidad. A partir de este tema-problema se realizaron encuentros entre las habitantes y las colaboradoras del proyecto. Dichos encuentros fueron grabados y luego pasados a texto, no como transcripciones literales, sino como composiciones que nacen de un proceso colaborativo de escucha, escritura y revisión. En este proceso, las participantes intervienen de manera activa validando cuando el texto está terminado. De este modo, las producciones construidas son resultado de un proceso de diálogo, negociación, de encuentros y relaciones entre quienes investigamos y quienes participaron. Y recogen distintas posiciones, tonalidades afectivas y significados en torno al habitar y las complejidades allí presentes (Balasch & Montenegro, 2003; Gandarias Goikoetxea & García Fernández, 2014).

Asimismo, «las narrativas no solo son historias que relatan lo que nos ha pasado, sino que adquieren un papel fundamental como constructoras de significado»; el mundo, nuestra vida y nuestras relaciones están atravesadas por un montón de narrativas y narraciones (Gandarias Goikoetxea & García Fernández, 2014, p.98). Cuando narrativizamos acontecimientos y vivencias estamos incorporando un patrón de significados que se articulan de manera singular y situada produciendo efectos clínicos en los participantes. De este modo, nos permite habitar la ambigüedad y complejidad de la vida, así como también cuestionar las visiones tradicionales de verdad, realidad y conocimiento.

En cuanto a sus impactos políticos, al dotar de agencia para modificar, suprimir o elegir cómo quieren que sus posiciones sean presentadas en la narrativa final, minimiza las relaciones de poder existentes en las investigaciones (Balasch & Montenegro, 2003). Y se reafirma el papel activo de quienes participan al documentar la historia de su experiencia, apelando también a un saber otro que emerge del propio aprender haciendo e involucra el cuerpo y los afectos (Álvarez Pedrosian & Blanco Latierro, 2025; Guzmán Sierra & López Céspedes, 2022).

Los fragmentos que componen este trabajo son fruto de este proceso experimental, colaborativo y situado, que necesitó de tiempo para establecer encuentros, diálogos y acuerdos. Implicó también templanza y escucha para encontrar los momentos oportunos y no superponer los tiempos institucionales a los barriales. Por cuestiones éticas, no se compartirán los nombres de ninguna de las participantes respetando así su anonimato.

3. DESTERRITORIALIZANDONOS

«Interrogar a lo que parecería habernos dejado de sorprender para siempre. Vivimos, por supuesto, respiramos, por supuesto, caminamos, abrimos puertas, bajamos escaleras, nos sentamos a la mesa para comer, nos acostamos en una cama para dormir. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué?»

Georges Perec (2008)

3.1. Habitar la pregunta por el presente

Hay días en los que me despierto convencida de que las cosas son como son, y que no existe posibilidad de que sean de otro modo. Que correr de un lado a otro, habiendo superpuesto actividades para que el tiempo me alcance, es algo normal. Que mantener varias conversaciones por WhatsApp al mismo tiempo forma parte de lo cotidiano. Y que el camino que elijo para ir al trabajo es el único posible. Estos días el mundo parece ser un espacio exterior a mí, no hay sorpresas ni asombros, los días pasan sin grandes cambios, todo parece igual. Son días en los que hay ausencia de preguntas y reflexión, tal y como lo retrata Georges Perec (2008) en el siguiente fragmento:

Interrogar a lo habitual. Pero sí es justamente a lo que estamos habituados. No lo interrogamos, no nos interroga, no plantea problemas, lo vivimos sin pensar sobre él, como si no vehiculase ni preguntas ni respuestas, como si no fuese portador de información. Esto no es ni siquiera condicionamiento: es anestesia. Dormimos nuestra vida en un letargo sin sueños. Pero nuestra vida, ¿dónde está? ¿Dónde está nuestro cuerpo? ¿Dónde está nuestro espacio?. (p.14)

Sin embargo, hay otros días en los que algo irrumpre y me detiene. Me reconozco funcionando en automático. Comienzo a sentir el cansancio en mi cuerpo; ya no puedo sostener ese ritmo, necesito desacelerar. Las fronteras entre exterioridad e interioridad empiezan a difuminarse, y aparecen las preguntas. Aquello que antes veía como natural y obvio ahora me interpela; busco hacer algo diferente, algo nuevo. Son instantes, algunos fugaces y otros más estables, que van erosionando una cotidianidad naturalizada.

A lo largo de mi tránsito por esta universidad, me he ido encontrando con lecturas, experiencias, conversaciones y discusiones que me han ayudado a entender y dar sentido a esto que me sucede. Entendí, en primer lugar, que esta percepción de los espacios cotidianos como inocentes y definitivos preexistentes a las prácticas, es una ilusión que impone una determinada visión de realidad social (Lefebvre, 1978; 2013). A través del concepto de imaginario social, esta ilusión puede entenderse como una ficción construida y sostenida por un universo de significaciones. Estas instituyen la idea de exterioridad, neutralidad e inteligibilidad de los espacios, que es sostenida y reproducida en nuestras propias prácticas cotidianas (Fernández, 1993).

Las sociedades capitalistas, así como sus ciudades y sus desarrollos, han reproducido esta ilusión de inteligibilidad y neutralidad, la cual ha resultado funcional para su despliegue y expansión (Guattari, 1998). Esto produce pasividad y antiproducción entre sus habitantes, ya que estos «no tendrían más ocupación ni preocupación que situarse en “su lugar”. Los usos posibles ya están definidos, y los cuerpos sólo deberán adaptarse a las formas preestablecidas» (Lefevre, 2013, p.22). Los universos de significaciones intervienen aquí, construyendo regímenes de verdad que instalan y sostienen esta ilusión (Foucault, 1968).

De este modo, puede entenderse al capitalismo contemporáneo como un organizador mundial y planetario que capta, sobrecodifica y controla la subjetividad dominante. Esto le ha permitido poder perpetuarse, producirse y reproducirse, no como «una especie de alma flotante situada en la superestructura ideológica», sino algo inmerso e integrado a nuestras prácticas, experiencias y relaciones cotidianas (Guattari, 1998, p.36).

El Capitalismo Mundial Integrado (CMI) (Guattari, 1998) organiza de este modo el planeta entero con la tendencia a homogeneizar y normalizar todo sin respetar territorios, modos de vida, valores, ni formas de organización social. Esta dinámica interpela lo que pensamos, lo que sentimos, lo que hacemos y deseamos entendiéndolo, no como voluntades o esencias individuales, sino como aspectos inmersos en relaciones de poder y significación dentro de una trama colectiva y situada (Fernández, 1993; Foucault, 1993).

Sin embargo, esto no marca el destino ni determina a priori nuestros modos de existencia. En palabras de Enrique Ema López (2004), podemos comprender que «toda significación se constituye en esta cierta obligación por repetir el contexto normativo en el que se produce. Sin embargo el contexto normativo no determina» (p.10). La vida cotidiana trae consigo acontecimientos y devenires que nos impulsan a la creación, a la reinención y reelaboración de lo que pensamos, sentimos y hacemos (Lee Teles, 2010). De este modo,

pensar en términos de producción de subjetividad, lejos de buscar establecer un determinismo, permite recuperar la capacidad de interrogación y asumir nuestra responsabilidad en la reproducción y la transformación del orden social.

Se entiende así necesaria la búsqueda por «“despegar” la subjetividad del sujeto» (Guattari, 1998, p.13) permitiéndole poder ir más allá de los límites que la definen, extendiendo y singularizando nuestros territorios de existencia. Un movimiento de territorialización de la subjetividad que la cuestione y la problematice, es decir que la desterritorialice, para luego poder reordenarla y situarla singularmente, reterritorializándola. Este movimiento, según Félix Guattari (1998), es un trabajo cartográfico necesario que posibilita la problematización y desnaturalización de todo aquello que nos rodea y se nos presenta, con frecuencia, como única realidad, con el fin de expandirla y singularizarla.

De este modo, podemos comprender que nuestra vida cotidiana no es ingenua a estas dinámicas. Muy por el contrario, las ciudades y sus espacios tienden a estar al servicio del sostenimiento y la perpetuación de las lógicas del CMI. A través de estas es que ingresamos en esa ficción diferencial y dicotómica entre lo público y lo privado, entre lo productivo y lo reproductivo, entre lo exterior e interior, que busca producir una suerte de domesticación de nuestras prácticas, gestos, actitudes, relaciones, deseos, sensibilidades y afectos. Lo diferente, lo disruptivo, suele ser así silenciado, aparato, relegado, escondido o encerrado (Lefebvre, 1968; Foucault, 1993).

Sin embargo, nuestra vida cotidiana tiene movimientos y discontinuidades que irrumpen como acontecimientos y nos posibilitan transformar estas determinaciones. Esto produce nuevas condiciones, materiales y sentidos que hacen a nuestras experiencias de habitar. Preguntarnos por estas experiencias es entonces, preguntarnos por aquellas singulares y situadas que resisten a las relaciones de fuerza que tienden a normalizar y homogeneizar todo. Es recuperar y resignificar los saberes y aprendizajes que desde allí emergen, y darle visibilidad a aquello que suele silenciarse. Implica también redimensionar la potencia inmersa en sus prácticas, en tanto creaciones situadas que suelen estar al servicio del sostenimiento de nuestras existencias (Álvarez Pedrosian & Blanco Latierro, 2013; Lee Teles, 2010).

La pregunta por el habitar en tiempo presente, se presenta aquí como un posicionamiento ético, político y ontológico. Como una invitación a adentrarnos en las fisuras de una realidad naturalizada; a desacelerar y recuperar la capacidad de asombro, de pregunta y cuestionamiento. Pero también, como una invitación a pensar e imaginar otras formas

posibles de existencia que nos permitan «construir, espacios vitales, construir sentidos desde los afectos, desde el cuidado y el abrigo» (Álvarez Pedrosian & Blanco Latierro, 2013, p.9), y nos permita recuperar la potencia de habitarnos como seres singulares, colectivos y múltiples.

3.2. Acontecimientos como oportunidades de devenir

Caminar por Capurro ha sido para mí contemplar el movimiento de los árboles y su arquitectura; hacerlo a un ritmo sereno y con extrañamiento, dejándome sorprender por lo que observo. Ha sido también caminar con rareza sobre adoquines y contemplar el silencio “de barrio”. Si bien había algo que al caminar se respiraba diferente, en ese tiempo aún no me daba cuenta. Fue llegado el proceso de lectura y composición del libro que pude ver, en los relatos de estas mujeres, esos encuentros que son soporte para la vida y activan procesos que nos invisten, nos atraviesan y nos transforman al punto tal de sentirnos otras (Lee Teles, 2010; Tatián et al., 2025).

Ni bien llegué, me encontré con un sentimiento de comunidad más fuerte que en otros lugares en los que había vivido. Nunca me había pasado esto porque los otros lugares eran más anónimos. Por el Parque Capurro y por las organizaciones de la zona, fue que rápidamente me empecé a sentir parte de esta comunidad. También fue una etapa de mi vida en la que comencé a habitar más el barrio, porque antes era más un lugar de tránsito que de habitar, y creo que cuando tenés hijos empezás a estar más en el barrio: los llevo y los traigo del Club Capurro. Ahí, hace 5 años, empezó mi vínculo con el barrio y enseguida me empecé a sentir parte de este espacio. Creo que fue el haber elegido un lugar donde vivir lo que me llevó a identificarme con el barrio, con el espacio físico, con los lugares públicos y empezar a reconocer caras, que en otro lado no me había pasado. Un día me di cuenta que desde que salí de mi casa hasta la parada de ómnibus saludé a seis o siete personas en dos cuadras, y eso en otros lugares donde vivía no me pasaba. Es la vecindad, el conocer a la gente.

Fragmento de Narrativa 1. Año 2021

La maternidad como experiencia subjetiva, aparece, para alguna de estas mujeres, como un tiempo de quiebre, de ruptura y resignificación. A partir de esas experiencias algo acontece en ellas, en sus formas de ver, en los modos en que se vinculan y significan el mundo que las rodea (de la Aldea, 2019; Lee Teles, 2010). El Parque Capurro, los clubes deportivos, la Escuela empiezan a ser cargados de afectos y relaciones. El barrio y sus espacios

comienzan a transformarse en lugares y adquieren nuevos sentidos que van conectando a estas mujeres con el carácter vital de construir (Álvarez Pedrosian & Blanco Latierro, 2013).

Al crecer y ver la vida de otra manera, el ser madre te hace valorar y ver cosas que antes no lo hacías. Cuando mis padres tenían el bar yo estaba en plena adolescencia, lo que menos quería era que estuvieran alcahueteando a mi padre. Después de grande mi hijo jugaba en la calle, yo no tenía celular, pero si salía y no lo veía le preguntaba a una vecina “¿Rosita viste a Lucas?”. Esas cosas las valoras después cuando creces, decís esta es mi casa, es la casa de mi hijo, es nuestro hogar. Más allá de esta casa; el barrio y la historia familiar que tengo acá son mis raíces.

Fragmento de Narrativa 2. Año 2021

Estas experiencias de quiebre empiezan a dejar entrever la interdependencia e interconexión existente entre los habitantes y todo lo que compone esa barrialidad. De este modo, las coloca en una posición distinta a la tendencia individualista dominante, que genera la idea ficticia de ser seres aislados e independientes a todo aquello que entendemos por exterior, y que desplazamos al orden de lo público y colectivo. Que tiene su contracara privada e interior, donde alojamos todo lo que creemos que nos pertenece y que tenemos responsabilidad. Tradicionalmente la maternidad y los cuidados han estado muy vinculados a esta imagen de pensamiento (Álvarez Pedrosian & Blanco Latierro, 2013; Federici, 2013; hooks, 2020).

En la escuela hice 14 años de Comisión Fomento. Ahí sí participé y conocí Capurro desde el lugar de madre y de vecina; conocí un mundo de gente. En ese ámbito se produce la socialización con el otro gracias a la vereda, a la puerta de la escuela, a la participación en la comisión. Lo típico era que cuando empezaban las clases te invitaban a participar. El primer año, como las maestras ya conocían a la población y sus familias proponían quién podía ser el presidente de la comisión. (...) El participar en la comisión nos dió la posibilidad de poder ayudar.

Fragmento de Narrativa 3. Año 2024

Mi hijo vivió el barrio más de chico y tuvo más amigos de acá hasta el día de hoy. Empezó a jugar al básquetbol en el Club Capurro, y entonces a través de él comencé a sentir más referencia con el club. Capaz que de niña y adolescente me daba lo mismo, también creo que el juego estaba medio sin vida y después a medida que fue cambiando la gente, las directivas y todo lo demás, le empezaron a dar otro movimiento y otra apertura. Los gurises

van a practicar, a estar en el club, es un club social también y entonces a través de mi hijo siento la pertenencia a ese club como su mamá.

Fragmento de narrativa 2. Año 2021

La maternidad y su consecuente experiencia de cuidados, fue para estas mujeres una oportunidad para la producción de una trama que empieza a vincularlas de manera activa a la barrialidad. Puede entenderse como una experiencia de ruptura que las coloca en un espacio de reconocimiento y de visibilidad de la interdependencia e interconexión existente para el sostenimiento de la vida. Esto las llevó a ir tejiendo relaciones de cooperación cotidianas en las que colaboraron y participaron activamente de espacios como lo son la comisión fomento de la Escuela y el Club Capurro, por sus hijas pero también por las “otras”.

El haber podido mandar a mi hijo a la misma escuela que yo fui para mí fue increíble. Más aún haberla podido laburar, sentía que tenía que devolverle algo y eso me pasa en todos los espacios. Para que salgan las cosas y para disfrutar el barrio hay que estar, hay que hacer y yo estoy. A mí me fomentaron el hecho de estar y acompañar en el proceso que creo que es lo más importante. Me parece que es de la manera en la que se les enseña a los hijos a que el día de mañana sean como uno, en el sentido de que vean como son las cosas, de que entiendan que no por ir a una escuela pública te tienen que dar el lápiz, la goma, etc. Es clave que entiendan que todo cuesta trabajo, no es que la escuela tiene aire acondicionado porque tiene plata, sino que lo tiene porque estuvimos años trabajando para poder comprar dos o tres aires por año y eso hay que valorarlo, tienen que saberlo para poder disfrutarlo pero también cuidarlo.

Fragmento de Narrativa 4. Año 2021

Estos relatos me llevan a percibir con mayor claridad y entendimiento la irrupción intempestiva de los acontecimientos y sus efectos. Aparecen sin previo aviso y generan esa sensación repentina en la que algo se transforma. Podemos comprender así que «todo acontecimiento resulta ser el movimiento a partir del cual lo nuevo emerge, lo no previsto irrumpen en la realidad y escapa de los límites historiográficos» (Esperón, 2014, p.287).

Surge entonces esa sensación de extrañamiento en lo que percibimos, sentimos y hacemos. Se produce así un cambio subjetivo que desencadena la posibilidad de transformarse y las impulsa a devenir activas en su propia cotidianidad. En sus relatos, los límites entre lo público y lo privado parecerían ser difusos. Los espacios, como en este caso

son el Parque Capurro, los clubes deportivos o las instituciones educativas, se transforman en lugares que las sostiene y las aloja en sus experiencias de cuidar. Son espacios de “socialización”, donde suceden encuentros, cooperaciones y la acción, que parecería empezar a llenarse de nuevos sentidos.

Ahora bien, lejos de romantizar la maternidad, comprendiendo también que dicha experiencia se encuentra atravesada por universos de significaciones que producen prácticas fundamentadas en lógicas patriarcales, colonialistas y capitalistas. Considero pertinente presentar los relatos de la siguiente participante para pensar cómo, en este caso la maternidad como eje común a las participantes, puede presentarse tanto como una oportunidad como un obstáculo. Para esta última fue necesario atravesar esta etapa de alta demanda y responsabilidad para poder sentirse parte y participar de otros espacios que para ella eran importantes.

El lazo con el barrio siempre fue algo tenue. Nunca envié a mis hijos a la escuela del barrio. En lugar de eso, asistieron a un colegio con doble horario, cerca de mi trabajo. Mi hija no tuvo problemas con esa situación, pero mi hijo varón aún me lo recrimina. A lo largo de los años, ha hecho muchos amigos en el barrio, pero siempre sintió que le faltaba compartir ese pasado común que sus amigos tienen: ir juntos a la escuela, jugar en las mismas calles desde pequeños. Yo, al estar siempre ocupada con el trabajo, llegaba al barrio solo para dormir, lo que contribuyó a que me mantuviera al margen de la vida comunitaria por mucho tiempo. Es cierto que hubo épocas en las que esta dinámica era aún más intensa. Al día siguiente, todo se repetía, y así, el barrio se convirtió en un lugar en el que viví muy poco, al menos en lo que respecta a la participación en actividades comunitarias. Sin embargo, ahora, como adulta mayor y con mis hijos ya grandes, mi relación con este ha cambiado completamente. Participo mucho en la vida del barrio, principalmente a través de mi actividad militante y mi integración en el Mercado Popular de Subsistencia (MPS). Son iniciativas en las que empecé a involucrarme hace algunos años. Recuerdo, por ejemplo, una reunión que tuvimos en la escuela del barrio. Fue ahí donde me di cuenta de lo mucho que este lugar significa para mí.

Fragmento de Narrativa 5. Año 2022

Lo que me importa de estos relatos, no es hacer una apología a la maternidad, sino recuperar los gestos y las afectaciones que sus narraciones evidencian. Me interesa darle lugar a las experiencias y los encuentros, que independientemente de la forma que puedan llegar a tomar, traen consigo acontecimientos que activan procesos. En palabras de Anabel Lee Teles (2010) comprendemos que:

Constantemente, tenemos la oportunidad de encontrarnos en enjambres afectivos que nos componen y nos dan alegría, que potencializan y estimulan el pensamiento y la acción. Ellos coexisten con las formas endurecidas, con modalidades rígidas que interceptan el despliegue de la potencia singular y colectiva. Aferrarnos a las formas endurecidas, a un único modo de concebir las relaciones nos hace permanecer sujetos a los moldes que tanto nos agobian y desestimar las oportunidades de componer amorosamente, de aumentar nuestra potencia de encuentro y de creación. (p.32)

En nuestra vida cotidiana existen experiencias, que a través de distintos hechos y de modos diferentes, permiten el despliegue de una potencia creativa, inventiva, que produce conexiones, relaciones e hilvanan una trama común⁷ (Percia, 2017). Lo común aparece aquí, como una oportunidad de componer un “nosotras” que moviliza prácticas, gestos y actitudes que responden a las necesidades que atraviesa una barrialidad en determinado momento y son soporte para la vida (Gutiérrez Aguilar, 2017).

En las narrativas de estas mujeres el habitar se despliega y entrelaza con las experiencias de cuidado. Difuminando así los límites entre lo público y lo privado, entre lo individual y lo colectivo, al sacar algo de sus experiencias y aprendizajes de “lo doméstico” para llevarlos a la “escena comunitaria”. Produciendo así nuevas dimensiones relacionales que envuelven devenir y nos impulsan a la creación de otros modos de existencia que son soporte para habitar desde la construcción, el afecto y el cuidado de vida (Lee Teles, 2010).

⁷ El palabras de Marcelo Percia (2017) lo común:
«Se reserva la acción de hilvanar antes que la de enlazar.
Respira en lo inacabado.
Cosido provisorio que no ata, anuda, atrapa, fija. Hilván sin ligaduras:enlaces y desenlaces disponibles. Ni costuras ni bordados: hilvanes invisibles» (p.285).

4. VOLVER A SITUAR LOS CUIDADOS

«El otro está ya en el aire que respiramos, en el acento de nuestras palabras, en los órganos de nuestro cuerpo, en los objetos que manipulamos, en cualquiera de nuestras acciones. Exponerse al mundo es perder el miedo a la proximidad, el miedo a la vida material de un nosotros que excede el ámbito de la ideal comunidad humana.»

Marina Garcés (2013)

4.1. Identidades incardinadas

Ahora bien, ¿podemos pensar los cuidados más allá de la maternidad y la crianza? ¿En qué prácticas cotidianas se hacen presentes? ¿Cuáles de estas nos potencian y cuáles resultan ser cargas? ¿Qué huellas dejan las lógicas capitalistas, patriarcales y coloniales en nuestros cuerpos? ¿Y, en nuestras experiencias de cuidado? ¿Sería posible pensarlas por fuera de estas lógicas dominantes? ¿Cómo sería resituarlas desde el paradigma de lo múltiple y colectivo? ¿Y, como acción política de resistencia?

Siguiendo a Lee Teles (2010), podemos comprender que generar nuevas posibilidades de existencia nos pone el desafío de pensar de otros modos, ya que el pensamiento es en sí mismo un acto creativo. Sin embargo, una de las mayores dificultades que atravesamos es el apego a las formas en que vemos, sentimos y entendemos el mundo. Estas se encuentran atravesadas, no así determinadas, por categorías de sentido. A través de Michael Foucault (1968) podemos comprender que estas construcciones situadas son producto de ordenamientos del saber. Lo mismo y lo otro se establecen así como organizadores de nuestro pensamiento, como una práctica divisoria que performa la manera en que vemos, pensamos y sentimos. «¿A partir de qué "tabla", según qué espacio de identidades, de semejanzas, de analogías, hemos tomado la costumbre de distribuir tantas cosas diferentes y parecidas?» (p.5).

En articulación con autoras como Ana María Fernández (2009) y Judith Butler (2017) podemos comprender que, en los procesos de identificación y construcción subjetiva se encuentran inmersos estos ordenamientos del saber que construyen categorías diferenciadas, antagónicas y desiguales. A la vez que nos diferenciamos para poder ser -e

inmediatamente que lo hacemos- se activan procesos y estrategias que no solo producen desigualdades, sino que también, precarizan y deslegitiman los cuerpos asignándoles valor y prioridad a unos por sobre otros.

Los cuidados, en tanto prácticas vitales, se encuentran inmersos en estos universos de significaciones que funcionan como tecnologías políticas complejas de gestión de la vida. La diferencia sexual de los cuerpos fundamentada por lógicas binarias, heteronormativas y patriarcales ha sostenido y cristalizado la producción mítica de lo que un hombre y una mujer “debe poder ser” (De Lauretis, 1989; Fernandez 1993). Invisibilizando, en primer lugar, otras identificaciones posibles; normalizando prácticas, responsabilidades, afectos y deseos. Esta es la tradición de la que venimos, y ha producido esa suerte de especialización e idealización de la capacidad de las mujeres para cuidar la vida. Las prácticas de cuidado tienden a ser así invisibilizadas como trabajo, quedando asociadas a “tareas de amor y afecto” que las mujeres sostienen por sus “capacidades innatas de cuidar” (Güemes y Cos Montiel, 2023; Vega, 2019).

Sin embargo, las epistemologías feministas han venido desarrollando y desmitificando estas significaciones, poniendo al descubierto las consecuencias que ha producido su naturalización. Si bien esto ha dado lugar a otras formaciones, prácticas y responsabilidades, las mujeres aún cargan con este peso afectando el ejercicio de sus derechos -el espacio para el ocio, el cuidado de sí, el desarrollo profesional, entre otros- (Federici, 2013). No obstante, es importante reconocer que estos impactos no son iguales para todas, intervienen aquí condiciones como la clase, la raza, la etnia, la edad, el lugar de procedencia, la situación migratoria, la etapa de la vida en que se encuentre, entre otras; que configuran formas distintas de significación y sentidos (Güemes y Cos Montiel, 2023).

Siguiendo los planteos de bell hooks⁸ (2020), las feministas negras han identificado «el trabajo dentro del contexto de la familia como un trabajo que humaniza, un trabajo que afirma su identidad como mujeres, como seres humanos capaces de mostrar amor y cariño» (p.206). Para ellas son otros factores como el racismo, la falta de empleo, las barreras para acceder a la educación; los que se interponen en el ejercicio de sus derechos. «Desde la esclavitud hasta nuestros días, las mujeres negras en Estados Unidos han trabajado fuera de casa, en los campos, en las fábricas, en las lavanderías, en las casas de

⁸ Fue una de las pensadoras feministas negras más influyentes en las últimas décadas. Ella modificó su nombre Gloria Jean Watkins, por el de su bisabuela materna bell hooks. «Con esa pequeña marca de escritura quería indicar que no es tan importante el nombre propio o la persona individual, sino los mensajes que se transmiten y el sentido político y colectivo de su lucha y de su trabajo» (Sáez del Álamo, 2021).

las demás» (p.205). El trabajo se vivía habitualmente como estresante, degradante y deshumanizador, y el hogar era la posibilidad de tener otros regímenes de afectividad, deseos y libertad.

Por su parte, Monique Wittig (2006) señala que es preciso concebir el sexo, la raza, la clase social, la ubicación territorial, la edad, entre otras, como construcciones simbólicas y míticas; es decir, formaciones imaginarias que reinterpretan ciertos rasgos físicos asignándoles valor, sentido y prácticas. Estas formaciones son luego fijadas y cristalizadas por la producción de conocimiento científico y académico, que explica y justifica estas diferencias en nombre de la naturaleza y la biología. De este modo, afirma que «ellas son vistas como negras, por eso son negras; ellas son vistas como mujeres, por eso son mujeres. No obstante, antes de que sean vistas de esa manera, ellas tuvieron que ser hechas de esa manera» (p.34).

Esta afirmación nos aleja de la idea de identidad como característica esencial de los cuerpos para comprenderla como producción subjetiva. Es decir, como una compleja tecnología política de gestión de la vida que a través de la ilusión de inteligibilidad y la naturalización oculta el carácter construido de las diferencias, y su relación con el orden económico, político y cultural. Los cuerpos se constituyen así en los territorios primarios de localización, articulación e intersección. Son el sitio donde discursos y tecnologías se encuentran y entrelazan configurando valores, prioridades, significaciones, libertades y restricciones. Estamos así constituidos por múltiples variables de fuerzas incardinadas que performan y diferencian nuestros territorios de existencias (Braidotti, 2004; De Lauretis, 1989; García Dauder & Romero Bachiller, 2002).

Las ilusiones y los sistemas míticos dan forma a lo que pensamos, categorizan experiencias y delimitan así nuestros territorios de existencia, por lo que la búsqueda se enmarca en lo que Haraway (1995) denomina como política del cyborg, entendida como «la lucha por el lenguaje y contra la comunicación perfecta, contra el código único que traduce a la perfección todos los significados» (p. 302). Reconocer esto implica también revalorizar, en la producción de conocimiento y prácticas profesionales, los saberes cotidianos, situados y corporizados; poniendo el foco en las prácticas y sus efectos.

Las formas que toman nuestra existencia pueden entenderse así como producto de articulaciones vivas, situadas, múltiples, rizomáticas, mudables, contradictorias y singulares; recuperar esta imagen de pensamiento nos devuelve la posibilidad de comprendernos activas de nuestra cotidianidad. Posibilita también despegar a los cuidados de la idea de

que son simples decisiones o deseos personales, para comprenderlos también como prácticas incardinadas insertas en esta compleja red de gestión de la vida (Braidotti, 2004; Ema López, 2004; Ferraris & Martínez Salgado, 2022).

4.2. Territorio-cuerpo-tierra

En la actualidad, podemos afirmar que nos encontramos ante una crisis de los cuidados. Esta crisis está estrechamente ligada a los modos de producción capitalista y a su concepción de valor asociada al dinero, que invisibiliza todo aquello que no tiene beneficios productivos. Los cuidados escapan a estas lógicas de mercado ya que implican relaciones afectivas complejas y otros tiempos, imposibles de producir. La vida se desarrolla inserta en relaciones, y la intensidad con que esto sucede varía a lo largo del ciclo vital y en circunstancias específicas, muchas veces impredecibles (Carrasco, 2001; de la Aldea, 2019).

La producción capitalista se desliga del cuidado de la vida al comprenderlo como un proceso que se desarrolla en paralelo y de manera autosuficiente. De este modo, el sistema económico y político ignora el tiempo destinado al cuidado, invisibilizando así la inmanente interrelación que compone nuestra existencia. Y provoca que los cuidados se desarrollem en nuestra cotidianidad como tareas naturalizadas, subalternizadas, desprovistas de reconocimiento y asociadas a una responsabilidad individual (Carrasco, 2001).

En casi todas las sociedades, en sus diferentes momentos históricos, el sostenimiento de la vida ha caído mayoritariamente sobre los cuerpos de las mujeres, en espacios invisibles a la economía y a la política, regladas por relaciones sociales patriarcales y coloniales. Es así que, la creciente participación de las mujeres en el mercado laboral ha evidenciado la incompatibilidad entre los tiempos de cuidado y las exigencias del trabajo. La denominada crisis actual de los cuidados se constituye en la tensión entre la necesidad de requerir cada vez más tiempo para cuidar y la dificultad por tener cada vez menos tiempo para hacerlo (Carrasco, 2001; de la Aldea, 2019; Federici, 2013).

Esta tensión ha generado cadenas transaccionales de cuidado que lleva a la transferencia generacional o por intercambio económico de los mismos. Estas transferencias de tareas en palabras de Yayo Herrero (Cotidiano Mujer, 2017), siguen sostenidas principalmente por mujeres reproduciendo «cadenas de explotación, cadenas de miseria, cadenas de trabajo

mal pagado que sostienen un sistema patriarcal que se desresponsabiliza globalmente del cuidado de la vida porque hay otros seres subordinados, subyugados, que se ven obligado a hacerlo» (32m 14s).

Por consiguiente, desde las perspectivas ecofeministas, el cuidado se reivindica como un derecho integral y universal que abarca a todos los cuerpos y ecosistemas comprendiendo que todas necesitamos cuidado para vivir, resituándolos como responsabilidad colectiva. Su propuesta se centra así en:

Explorar la potencialidad de los cuidados para fortalecer entramados comunitarios y de acción colectiva capaces de enfrentar la privatización de lo social, la asignación patriarcal de los cuidados a las mujeres y la ausencia del reconocimiento a la ecodependencia de las bases materiales que sostienen la vida. (Celiberti, 2022, p.1)

Constituyen así un paradigma ético y político que busca redefinir lo que entendemos por realidad, cuestionando el paradigma de la explotación y dominación capitalista, patriarcal, androcéntrica, colonialista y neoliberal naturalizada e invisibilizada en nuestras prácticas cotidianas (Pascual y Herrero, 2010).

Comprende que, tanto las tierras como los cuerpos son capturados e interceptados por lógicas de consumo y depredación que las ha transformado en objetos de uso, vendibles, comparables, obsoletos, supeditando la vida a la obtención de beneficios (Segato, 2021). Es así que, la búsqueda política se orienta hacia la reapropiación y reafirmación de estos territorios-cuerpos-tierras (Cabral, 2010) como propios e irrepetibles; y a la transformación localizada de los modos en que nos relacionamos, sustituyendo las formas naturalizadas de opresión, imposición y apropiación.

Las ciudades y sus territorios, acosados por la mercantilización de sus espacios y por formas de vida cotidiana atravesadas por la violencia y la individualización, aún pueden convertirse en un terreno fértil para transformar los modos en que las cosas suceden (Lefebvre, 1978). En este marco, lo común se transforma en un horizonte político y ético que nos desafía a reinventar la experiencia colectiva, «que permita construir una vida que merece ser vivida partiendo de los cuerpos que habitamos y la tierra que pisamos» (Güemes & Cos Montiel, 2023, pp. 41-42).

Esta perspectiva nos permite pensar los cuidados más allá de las visiones antropocéntricas y androcéntricas. La articulación de saberes ecológicos con saberes feministas evidencian la necesidad de reterritorializar los cuidados para recuperar su potencia política; al mismo tiempo que revaloriza las enseñanzas y aprendizajes que allí se producen. Rompiendo así

con la tendencia dominante de subalternizar, deslegitimar e invisibilizar estas experiencias y los saberes que desde allí se desprenden, para pensar nuevas formas localizadas de producir, consumir, habitar y cuidar (Celiberti, 2019; Vega Solís et al., 2018).

Sin embargo, a partir de las lecturas realizadas surgen advertencias que es necesario considerar. En primer lugar, algunos discursos ecofeministas -conocidos como esencialistas y espiritualistas⁹- tienden a elogiar las virtudes femeninas del cuidado. Esto puede diluir la crítica a la ideología de la diferencia sexual heteronormativa y patriarcal que atraviesa estas prácticas. Del mismo modo, es importante evitar la idealización del pasado o de ciertas tradiciones, allí también se alojan relaciones de poder y dominación invisibilizadas (Celiberti, 2019; Güemes & Cos Montiel, 2023).

Para revalorizar los cuidados como potencia, resulta indispensable un análisis crítico y reflexivo en clave deconstrutiva de las lógicas naturalizadas e invisibilizadas en nuestras prácticas cotidianas. Resulta así pertinente, la articulación de la perspectiva ecofeminista con la ecosofía de Guattari (1996), ya que nos da algunas pistas para pensar y trascender las dificultades anteriormente observadas. A través de esta perspectiva se propone una reflexión e involucramiento activo del devenir futuro de la naturaleza, las sociedades y las culturas, que no pretende imponerse como una visión totalizante ni reemplazar una forma de organización social por otra. Por el contrario, su fin es la multiplicación y reterritorialización de los procesos de singularización (Guattari, 1996; Solver, 2021).

Se interesa así por los dispositivos de producción de subjetividad, orientados hacia una resingularización individual y colectiva, en oposición a las producciones estandarizadas y masivas que denomina “mass-mediática” (Guattari, 1996). Propone trabajar en un orden molecular sobre los procesos que sujetan los cuerpos y las cosas, que las atan e identifican, totalizándolas y homogeneizándolas. Propone así, desenganchar las subjetividades de los sujetos:

Para poner en acción procesos de subjetivación que vayan en otras direcciones, que exploren otras alternativas de vida y existencia, que abran nuevas posibilidades a las formas de existencia humana, que construyan nuevas praxis humanas, nuevas formas de concebir y de habitar otros mundos posibles. (Solver, 2021, p. 8)

⁹ Las corrientes ecofeministas esencialistas y espiritualistas defienden que las mujeres, por su cualidad natural e innata de parir, se encuentran más próximas a la naturaleza y con ello las conciben más capaces para comprender sus procesos. En cambio, las corrientes constructivistas comprenden que esto no es una cualidad esencial sino que es producto de la organización patriarcal que atraviesa nuestras vidas (Güemes & Cos Montiel, 2023).

Es así que visibilizar y reconocer la ecología de los cuidados y saberes presentes en los territorios se presentan como horizonte ético y político. Que necesita de un enfoque que se oriente al fortalecimiento de entramados comunes, de acción colectiva y situada, que permita subvertir los códigos culturales. Que sucedan a partir de un proceso activo de potenciar las diferencias, y no establecerla como condición debilitada. Esto nos permitirá habitar la multiplicidad, la contradicción y la diversidad, que puede proporcionarnos la fuerza y la inspiración necesaria para reconstruir los límites de la vida cotidiana y producir experiencias fronterizas que nos permitan salir de los dualismos en los que estamos inmersos (Braidotti, 2004; Celiberti, 2022; Haraway, 1995).

La búsqueda está entonces en descubrir y abonar en aquellas tramas, prácticas y saberes que son soporte para la vida en las barrialidades. Esas que devienen como potencia creativa, singular e inventiva, en donde la interrelación y dependencia es reconocida como algo inmanente a nuestra existencia. Esas que implican encuentros, activan devenires e hilvanan una trama común de cooperación, cuidado y sostén. Esas que resisten al abrirse a la multiplicidad y a su reinvención continua, para no ser captadas por la subjetividad “mass-mediática”. Esa que se mueve a otros tiempos más pausados e improductivos, y se pregunta acerca de «qué forma se va a vivir de aquí en adelante sobre este planeta» (Guattari, 1996, p. 8).

4.3. Los cuidados como estrategia y acción política

En el año 2020, con la irrupción de la pandemia producto del virus COVID-19 y la consecuente declaración de la emergencia sanitaria, el mundo entero fue sacudido. El cambio, las incertidumbres y los miedos atravesaron los cuerpos de todas, para cada una de nosotras con significados, implicaciones y sentidos diferentes. Que evidenciaron las diferencias y desigualdades con las que convivimos a diario.

«Como en todas las situaciones de crisis, las prácticas solidarias con el dolor colectivo convocaron a las personas a organizar entramados de solidaridad y cuidado, como ollas populares, merenderos, canastas de alimentos o redes comunitarias de salud» (Güemes & Cos Montiel, 2023, p.40). Estas acciones permitieron enfrentar los impactos de la pandemia y el pedido, por parte del Estado uruguayo, de una “libertad responsable” fundamentada en la idea de igualdad de condiciones y cuidado individual neoliberal (Fagundez, 2024a).

El miedo y la incertidumbre que atravesó este tiempo fue, para algunas de las habitantes de Capurro, el motor que permitió desplegar estrategias de cuidado colectivas (Celiberti, 2022). Emerge así la Olla Capurro, como un espacio de intersticios y articulaciones de diferentes colectivos, organizaciones vecinales y activistas. La misma funcionó de marzo a diciembre del año 2020 en el local del Sindicato de Trabajadores de la Industria Química. Las mujeres de las narrativas anteriores fueron parte importante en el sostenimiento y desarrollo de esta estrategia colectiva, donde el quiebre en la cotidianidad las obliga nuevamente a dar nuevos sentidos y desarrollar otras prácticas. Y deja al descubierto la acción aliada que ya se venía tejiendo cotidianamente para el sostén de la vida en el barrio.

La Olla me hizo crecer como persona, de espíritu, de mente, de corazón. Creo que más que nada de corazón, pero de mente también me desarrollé. Soy muy sensible y a veces me iba llorando porque no podía creer las realidades que veía. Me sentía culpable, pensaba: "yo ahora me voy a mi casa", aunque no es que estoy super cómoda. Soy de clase media, pero me di cuenta de que soy una mina re privilegiada: tengo una casa, tengo un techo, tengo alguien que me escucha. Porque no es solo la falta de comida, es la falta de que alguien te escuche, la falta de un lugar privado. Había gente que estaba en la calle. Por ejemplo, había una señora que tenía más de sesenta años y caminaba desde La Teja hasta ahí para poder comer. También había otro señor, que conocía ya del barrio, que me decía que hacía meses que no le pagaban pero él siempre que iba llevaba un paquete de arroz o un paquete de fideos. Eso para mí es clave porque capaz que no tenía mucha plata, pero lo que tenía lo invertía para llevar y él decía: "Ustedes me están dando una mano, yo también les doy una mano". Eso es recíproco. La Olla significó un montón para mí, me hizo cambiar de pensamientos.

Fragmento de Narrativa 6. Año 2021

Fue la toma de conciencia de las necesidades y desigualdades existentes lo que llevó, a las integrantes y colaboradoras de la Olla, a traspasar la tolerancia pasiva que el Estado uruguayo proponía para ir en busca del encuentro con otras. Establecieron alianzas y articulaciones que fueron componiendo lo que ha sido esta experiencia, que funcionó como soporte para la vida, como una estrategia política de cooperación y cuidado (Aranda y García, 2014; García Dauder & Romero Bachiller, 2002). Emerge de un «saber hacer comunitario, la capacidad de colectivizar lo que se tiene» (Vega, 2019, p.57) que puso en primer plano la defensa de la vida.

La cocina y las ollas fueron sacadas del encierro, del confinamiento y la soledad promovida, y se colocaron en el medio de la escena comunitaria. La solidaridad se puso al servicio de

reducir el sufrimiento, y fue el motor de estas articulaciones que se sostuvieron por convicción y amenaza exterior y compusieron este “nosotras”. «En la forma organizada que adquiere la acción colectiva, la creación de un ‘nosotros’ basado en la solidaridad resulta central como uno de los componentes que conforman el movimiento social» (Aranda y García, 2014, p.7).

La Olla Capurro se establece así como un espacio para la acción política colectiva de cuidado, que resiste de manera creativa y generativa a la fragmentación promovida por la pandemia y sus “estrategias de cuidado” en un contexto de globalización neoliberal. Una acción que acuerpa la reivindicación feminista de “lo personal es político”¹⁰, reubicando “lo personal”, aquello que parecería que nos pertenece, en la “escena colectiva” para que devenga en acción política de resistencia.

Agradezco haber estado en este barrio durante la pandemia y agradezco haber sido parte del grupo de la Olla Capurro, la cual tuvo lugar en el Sindicato de Trabajadores de la Industria Química. Esto debido a que eran las caras que veíamos. Más allá de ser un momento en que estábamos ayudando, dando una mano, cocinando; estábamos socializando con nosotros, con la gente que iba a buscar un plato de comida, con la gente del Sindicato. Era hacer catarsis: “me pasa esto”, “quiero salir”, “no veo a tal persona”, “extraño a mi madre”, “extraño a mi abuela”, “me quedé sin trabajo”, “la estoy pasando mal porque no tengo un peso”. Fue contenernos, lo que convirtió a la Olla en algo muy importante y brutal. Considero que si la pasé relativamente bien durante este tiempo fue gracias a este espacio. Ver a mis compañeras y a mis compañeros, gente con quien nos conocíamos, algunas más cercanas y otras más lejanas, algunos desconocidos totalmente, pero que con el paso del tiempo y las semanas se fue formando un vínculo de respeto y de contención en todos los aspectos. Desde la militancia, desde lo político, desde lo emocional, de todo.

Fragmento de Narrativa 2. Año 2021

Asimismo, tal y como lo narran estas mujeres, la Olla funcionó también para ellas como un espacio sostén, de nutrición y de encuentros; que las atravesó, las transformó y las acompañó en la incertidumbre y el miedo de ese entonces. Produciendo ese doble movimiento de ser un espacio que sostenían pero que las sostenía, que cuidaban pero que las cuidaba, que acompañaban pero que también las acompañaba.

¹⁰ Una de los lemas del movimiento feminista. Fue dicho por primera vez por Kate Millet, en la década del 70 en Estados Unidos. Hace algunos años se ha vuelto a retomar con mayor fuerza para afirmar que toda acción por más íntima que parezca, tiene una estructura que la sostiene (Cachi, 2019).

La verdad que no sé qué hubiera sido de mi vida el año pasado (2020) si no hubiera tenido la Olla. Fue lo mejor que pude haber hecho. Haber estado en la Olla y ver el vínculo que generamos y cómo nos apoyamos me hizo pensar en que me gustaría buscar la manera de articular los distintos colectivos que hay en el barrio y hacer algo juntos, organizados. Lo que pasa cuando hay muchos colectivos, que pasa en todos lados, es que hay muchos egos en juego. De todas maneras lo que hagas en el barrio la gente se prende. Por ejemplo, hubo tres festejos el día del niño porque nadie se pudo poner de acuerdo para hacer uno solo. Los tres se llenaron y la gente iba de uno a otro. Fueron en días y horarios distintos. Por eso esta idea de poder articular los distintos colectivos va a enriquecer la dinámica del barrio.

Fragmento de Narrativa 4. Año 2021

Las problematizaciones y reflexiones atravesaron a las participantes, permitiendo un «diálogo creativo permanente entre las personas involucradas, en un ejercicio de pensamiento capaz de intensificar lo propio de cada quien y del colectivo en su conjunto» (Lee Teles, 2010, pp.63-64). Esto permitió ir hilvanando una acción alternativa, plural, colectiva y compartida como estrategia política que hizo posible alivianar las consecuencias de la emergencia sanitaria desde una lógica micropolítica.

Su potencia de acción se manifestó en sus prácticas cotidianas de cuidado, en los actos concretos que fueron reafirmando las tramas afectivas que generaron valores activos y mejoraron las condiciones para la vida en Capurro. La solidaridad se puso así al servicio de la composición y potenciación de la acción política (Aranda y García, 2014; Fagundez, 2024a). Comprendida a esta como «emergencias locales en contextos determinados, en los que se construyen de manera situada, relaciones, conexiones, entidades» (Ema López, 2004, p. 19). Lo que importa acá no es la forma en sí misma sino sus efectos, las alianzas, las aleaciones y los contagios que provocaron. Que se contraponen a la tendencia a «separarnos, a sostener distancias infranqueables entre los seres; escondemos los lazos afectivos, quedamos atrapados en la soledad y la dependencia» (Lee Teles, 2010, p. 61).

Las relaciones se articularon y compusieron así, es sus diferencias y contradicciones, una acción colectiva que construyó lazos afectivos de cuidado y sostén. Situando así al cuidado de la vida como una relación social, de lucha y resistencia, inscriptas en un modo de hacer política que encarna la communalidad. Poder decir nosotras exige poder reaprender a ver la realidad desde la implicación de un mundo común de hacer en común y lo común para la sustentabilidad y sostenibilidad de la vida (Guattari, 1996; Gutiérrez Aguilar, 2017).

5. PRIMERAS DERIVAS POSIBLES

«¿Cómo preservar la imaginación de la instrucción, de la imposición disimulada, de modelos no declarados sobre qué significa “estar en común”?»

Marcelo Percia (2017)

5.1. Habitar desde una ética del cuidado

Es innegable que, para poder ser y existir, necesitamos del cuidado. No es una opción, lo necesitamos o perecemos, y esto atraviesa a todo y a todas. El cuidado comprende un amplio espectro de prácticas, gestos y actitudes cotidianas que resultan del encuentro con otras permitiendo el sostenimiento de nuestra existencia. Por lo que resulta necesario reconocerlo como un derecho fundamental en íntima relación con el derecho a la vida (de la Aldea, 2019; Gilligan, 2000).

Desde esta comprensión del cuidado como necesidad vital, resulta pertinente la integración de los aportes ecofeministas y la mirada ecosófica para que nuestra visión pueda expandirse más allá de los límites antropocéntricos y androcéntricos. Esto nos permite comprender que la vida que se cuida no solo es la humana, nuestros ambientes y espacios cotidianos están compuestos por materiales, objetos y artefactos naturales y artificiales. Necesitamos del aire para respirar, necesitamos del agua para hidratarnos, las tecnologías cada vez más se entrelazan con nuestros cuerpos y a nuestras formas de comunicación (Guattari, 1996; Pascual & Herrero, 2010). Esto configura una trama de relaciones e interrelaciones que se componen para hacer posible el sostenimiento de nuestra existencia, tal y como lo expresa Lee Teles (2010): «somos seres relationales, nuestras vidas se pliegan en tramas relationales móviles y permanentes» (p.31).

Los cuidados son así, experiencias relationales que suceden en ese intermedio de flujos de acciones allí donde, para Ema López (2004), sucede la agencia, entendida como capacidad de resistir siempre presente y circulante. Estas experiencias -algunas fugaces, apenas perceptibles- pueden comprenderse como movimientos espontáneos que devienen del propio encuentro. Irrumpen venciendo condicionamientos y normalizaciones, e hilvanan relaciones desde lo sensible, la afectividad, la ternura y la solidaridad. Son difíciles de adiestrar y formar; en cambio, suelen acontecer como agenciamientos para la dignificación

y democratización de la vida. Tal y como se percibe en los fragmentos presentados, cuando el cuidado se desplaza hacia el ámbito de la acción política, produce una ruptura entre lo privado y lo público, entre lo personal y lo colectivo, entre la razón y los afectos desmontando de este modo la ficción dicotómica construida (Esperón, 2014; de la Aldea, 2019).

Cuidar se transforma así en una estrategia práctica de lucha y amorosidad que busca la dignificación y democratización de la vida; que rompe con las dicotomías modernas al reconocer que somos producto de relaciones e interrelaciones vivas, constantes y rizomáticas; y que resignifica los saberes y aprendizajes que desde allí suceden. De este modo, el cuidado se entrelaza con la posibilidad de resistir, es decir, de rechazar los modos de individualidad que se nos han impuesto para producir nuevas formas de subjetivación (Foucault, 1988; 1999; Guzmán Sierra & López Céspedes, 2022).

De estas experiencias emergen lo que entendemos por saberes-habitantes, son esos aprendizajes que se desprenden del devenir cotidiano, se alojan en el cuerpo y se integran en las narrativas, los relatos, prácticas, habilidades, creencias, gestos y actitudes cotidianas (Alvarez Pedrosian, 2018). Validar estos conocimientos que emergen de manera situada y creativa, es validar también las resistencias subjetivas que suceden en las barrialidades (Lee Teles, 2010; Vega Solís et al., 2018).

En este sentido, entrelazarlos al habitar y la ética hace que los cuidados devengan en voluntades de obrar, de construir de manera crítica, reflexiva y situadas nuestros territorios de existencia. Es una búsqueda por des y re territorializarnos para devenir causa de nosotras mismas. Constituyéndose como una práctica, una actitud, una sensibilidad política de cuidar los modos de existencia amorosa y colectivamente. Resistiendo así a las lógicas patriarcales, capitalistas y colonialistas que favorecen la individualidad, las jerarquías y la competencia depredadora (Guattari, 1996; Guzmán Sierra & López Céspedes, 2022).

Habitar desde una ética del cuidado, puede entenderse como una búsqueda de «una sociedad más justa, equitativa y democrática» (Guzmán Sierra & López Céspedes, 2022, p.176), que asume el compromiso de desidentificar, desfeminizar, desdomesticar y desprivatizar los cuidados. Transformándolos en capacidades y voluntades que cuestionan la distribución desigual de sus prácticas para dignificarlas y resistir, a través del desarrollo de estrategias colectivas, creativas e inventivas. El cuidado se entrelaza así con la acción política, capaz de generar nuevas subjetividades que activen un proceso de composición y conexión afectiva que nos permita devenir causa de nosotras mismas (Deleuze, 2003).

Significa entonces, cultivar, construir y hacer crecer otras formas de cotidianidad singulares, colectivas y situadas (Álvarez Pedrosian & Blanco Latierro, 2013). Las experiencias barriales de cuidado, su acción política y organizada, resulta acá de especial interés para seguir pensando cómo se producen otros devenires subjetivos singulares y situados, que parecerían -por momentos- ser arrasados por la monotonía de la cotidianidad. Los saberes y aprendizajes que desde allí se desprenden resultan valiosos para seguir pensando otros modos de existencia más amorosos y colectivos.

5.2. La psicología como compañías

Pensar en nuestras prácticas profesionales, necesariamente nos coloca en la responsabilidad de construir un posicionamiento ético, político y ontológico. Comprendiendo a estos tres como aspectos inseparables, dado que las formas en que vemos, sentimos y pensamos nuestra existencia, son el sitio desde el cual desplegamos un modo de ética y política en nuestras prácticas.

En este sentido, interrogar el presente se vuelve parte del posicionamiento ontológico que guió el recorrido realizado en este trabajo. La pregunta por los modos que toma nuestra existencia comprende que estos son producto del incardinamiento de las relaciones de fuerzas que componen y descomponen nuestros territorios de existencia. Provocando efectos específicos en nuestras prácticas éticas y políticas, ya que la búsqueda estará en poder vivir con el mínimo de dominación posible, no como una meta sino como una práctica constante. La ética nos da la pregunta crítica y situada que nos permite construir voluntades para una acción política (Deleuze, 2003; Foucault, 1988; Lee Teles, 2010).

Este posicionamiento ontológico nos lleva a comprendernos como seres singulares-colectivos inmersos en relaciones de fuerzas que nos empujan con facilidad a entrar en la ficción de la individualidad y competencia productiva. Nuestras prácticas y conocimientos desde la psicología deben poder así contemplar la vulnerabilidad e inmanente interrelación que nos compone. Reconociéndonos dentro de este juego de relaciones de fuerzas y poder. Esto hace necesario la reorientación de conceptos y el ajuste de nuestras prácticas de modo tal que nos permitan alejarnos de las ataduras estructuralistas de la subjetividad dominante y podamos así explorar otras posibilidades de hacer psicología (Guattari, 1996; Tatián et al., 2025).

Una psicología que genere «procesos de construcción distintos, más conectados con el movimiento, la mutación y la transformación, y no con el horizonte único hacia el que hay que ir» (p.101). Lo que hace necesario el desarrollo de experiencias situadas enmarcadas en la objetividad feminista antes mencionada; que deje de lado la búsqueda incesante por un mundo único y verdadero, y que no se conforme con una visión desecarnada, para adentrarse en la potencia que «las conexiones y aperturas inesperadas que los conocimientos situados hacen posibles» (Haraway, 1995, pp. 338-339).

De estas experiencias se desprenden conocimientos y saberes que suceden de la singularidad, de lo inesperado del encuentro y del propio aprender haciendo junto a otras. Integrar a los saberes académicos y profesionales los saberes-habitantes, permite expandir significados, comprendernos desde las diferencias, habitar los límites y contradicciones de nuestras visiones y enunciaciones. Esto nos permite también asumir el compromiso ético-político de dar voz a todo aquello que late en silencio (Guzmán Sierra & López Céspedes, 2022).

Suley Rolnik y Félix Guattari (2006) en *Micropolítica: Cartografías del Deseo*, ya nos advierten que toda profesión que se interese por el discurso de otro, se encuentra necesariamente en una encrucijada política y micropolítica:

O hacen el juego a esa reproducción de modelos que no nos permiten crear salidas a los procesos de singularización o, por el contrario, trabajan para el funcionamiento de esos procesos en la medida de sus posibilidades y de los agenciamientos que consigan poner a funcionar. (pp.43-44)

Reafirmando posteriormente la imposibilidad de neutralidad en las relaciones que establecemos, por más profesional que se quiera, siempre hay relaciones de fuerzas en juego. Considero así valioso, asumir la integralidad como parte de nuestro posicionamiento y compromiso. Una integralidad que desborde los muros de la Universidad para imbricarse en nuestras prácticas profesionales.

La búsqueda está entonces en construir una psicología que afiance un pensamiento y una experiencia de nosotras mismas como seres singulares-colectivos, que atienda a las tramas afectivas que nos constituyen y nos impulse a pensar las relaciones en términos de composición y descomposición. En la cual lo que vemos como realidad no es una imagen estática y definitiva sino que está en movimiento, en construcción, que tiene posibilidades de transformación (Lee Teles, 2010; Tatián et al., 2025).

Esto implica una psicología que transite por caminos desconocidos, que no anteponga ni imponga a teorías y conceptos, y se permita habitar la dimensión incalculable que tienen los encuentros. Una psicología atenta a los acontecimientos y sus efectos, y que pueda concebirse como una continua artesanía. Para de este modo permitirse andar por un camino que se va armando en la medida que se va caminando (Lee Teles, 2010; Tatián et al., 2025).

Las compañías, tal y como la propone Laurence Cornu (2017), resultan significativas para pensar la práctica y su articulación con los cuidados. Comprendiéndolas como relaciones que se establecen a conciencia de la vulnerabilidad e interrelación existente y se asientan en el valor que tenemos para poder hacer. Establecer compañías implica así la construcción de dispositivos que sostengan dinámicas de subjetivación singularizantes, situadas y contingentes. De este modo, nuestra tarea es el arte de acompañar.

La búsqueda está entonces en generar experiencias compartidas de “hacer con”, en diálogo y cooperación, que pongan en acto formaciones singulares-plurales-colectivas. Estas necesitan de una mirada amorosa y de cuidado, comprendiendo que esto nos permite valorar las diferencias y la naturalidad de los conflictos para transitarnos. «Permite dar paso a los silencios, las distancias y los desacuerdos, y refuerza las prácticas políticas que ubican en el centro, las necesidades y las emociones de las personas» Guzmán Sierra & López Céspedes, 2022, p.175).

Para ello, es importante la interrogación de nuestras prácticas, reconocer sus alcances, modalidades y sentidos que esas compañías componen. Buscando generar acciones para el movimiento, la transformación, producir desvíos que desestabilicen el único camino posible, singularizando y heterogeneizando las formas dominantes de existencia. La implicación y sus análisis resulta fundamental para comprender qué de nosotros se pone en juego en eso que hacemos, pensamos y sentimos (Cornu, 2017; de la Aldea, 2019).

Incorporar a este posicionamiento la perspectiva de cuidado que he venido elaborando en este trabajo, son colocadas en la necesidad de poder resignificar las formas en que nos relacionamos donde la ética del cuidado pueda atravesar nuestras prácticas alejándonos de las violencias epistémicas que los saberes profesionales o académicos pueden ejercer sobre los saberes-habitantes (Rolnik & Guattari, 2006).

La psicología se convierte así en una práctica creativa, en una artesanía localizada y dialógica que necesita de encuadres móviles y situados, que puedan devenir en el propio

encuentro y diálogo con quienes acompañamos. Una psicología que se desterritorialice para ir a las calles, que toque la tierra y las relaciones que allí se producen, atenta a escuchar gestos y pensar los acontecimientos en busca de reinventar nuestros territorios de existencia (Guattari, 1996). Y que acompañe y cuide «de los que aprenden a cuidar de un objeto común» (Cornu, 2017, p.113).

Propongo así una psicología más próxima a un quehacer filosófico, en el entendido de que:

Se enlaza a la vida, en su despliegue activo, se vuelve creación efectiva de realidad, convoca a las potencias de la amistad, contribuye a la creación de nuevas tramas afectivas, nuevas territorialidades. Impulsa a una apuesta ético-política, a pensar en el despliegue de una política afectiva que contribuya a la creación de nuevas formas de vida comunitaria. (Lee Teles, 2010, p.26)

Una psicología que no se reduzca al dominio de una teoría, ni de un método, ni una técnica o especialidad. Y pueda así preguntarse acerca de los procesos de reciprocidad que abran la posibilidad de producir nuevos territorios de existencia singulares-colectivos; que a partir de la disparidad de lugares, pueda generar compañías que permitan y potencien el despliegue de un habitar desde una ética del cuidado. En las barrialidades suceden encuentros que son soporte para la vida, ¿cómo poder abonar y potenciar, desde la psicología, estos encuentros?, ¿cómo será entonces, «pensar la acción hacia el otro, en la formación, en la atención y el cuidado, en los oficios de actuar con el otro»? (Cornu, 2017, p.102).

6. CONCLUSIONES

La búsqueda por recuperar la dimensión vital de los cuidados implicó, en primer lugar, entrelazarlos con el habitar. Es decir, comprender que, para devenir activas en nuestra cotidianidad, hay algo de la ética y de la política de los cuidados que se despliega y acontece. Esto puede verse en las narraciones de estas mujeres, en sus experiencias de habitar aparecen gestos, actitudes, sensibilidades y prácticas de cuidado, que dejan al descubierto las relaciones, los encuentros y las conexiones afectivas necesarias para sostener nuestra existencia. Estas rompen con la ficción de autonomía, individualidad y competencia circulante.

Con el surgimiento y la consolidación de las sociedades industriales, el tiempo quedó ligado a las necesidades de producción capitalistas, tal y como dice el dicho “el tiempo es oro”. Esta modalidad es la que controla y regula gran parte de nuestros tiempos de existencia. Sin embargo, los cuidados tienen otra cadencia, circulan a un ritmo otro, incuantificable, improductivo e interrelacional (Carrasco, 2001). De este modo, podemos afirmar que si bien la producción serializada y homogénea a escala planetaria es un hecho, también lo son los procesos que se resisten. No solo como fuerzas contrapuestas, sino que también como fuerzas de fuga que rompen con la continuidad y producen otros modos de subjetivación singulares y situadas (Rolnik & Guattari, 2006).

A través de su tiempo, sus prácticas y dedicación, estas mujeres de Capurro han acompañado y sostenido la vida allí, que con la emergencia sanitaria producto del COVID-19 se organiza en una acción política y colectiva basada en la solidaridad, el cuidado y el sostén que produce lo que fue la Olla Capurro. Esto implicó, para sus participantes, no solo sacar las ollas al espacio común, sino que también animarse a compartir con otras y dejarse atravesar por la experiencia compartida.

De algún modo este movimiento significó romper con las distancias propuestas por la “libertad responsable” y sus “estrategias de cuidado” de corte individualistas que las colocaba como espectadoras, para hundirse en la experiencia colectiva. Una experiencia que no quiso ser sinónimo de estructura ni permanencia, «sino de un deseo que compone y potencia la acción» (Aranda y García, 2014, p.12) que las llevó a resistir de manera activa e inventiva.

Mirar las formas en que se resuelven las tensiones entre las demandas del mundo y lo que necesitamos para existir, nos permite, en primer lugar, hacer visible todo lo que no se

nombre y está implícito en nuestras prácticas cotidianas. Reconocer que existen experiencias profundas de producción de lo común en los barrios aparece acá como algo que es necesario mirar, ya que estas generan rupturas de los modos en que concebimos el mundo y nos permiten recuperar nuestra potencia de obrar. Es así que, preguntarnos por cómo se producen estos devenir es subjetivos se vuelve central para generar estrategias que resistan, y nos permitan tejer redes de solidaridad y cooperación que produzcan agenciamientos y experiencias localizadas que sean soporte de nuestras existencias (Carrasco, 2001; el Apantle, 2015; Rolnik & Guattari, 2006).

Esto nos lleva a asumir el compromiso de construir una psicología que suelte la ficción del Yo, la individualidad, la productividad y la autonomía, y se ponga al servicio de potenciar modos de estar que alboroten las cercanías, los encuentros, las preguntas y las compañías. Una psicología sensible a los gestos, que irrumpen y acontecen cuando nos encontramos, esos que aún resisten a los condicionamientos y normalizaciones, para que sea así posible «vivir aconteciendo, no sólo acontecidos» (Percia, 2017, p.181).

Una psicología que ponga a disposición «herramientas técnicas a favor de la memoria y de la visibilización de las subjetividades, con el fin de un aprendizaje colectivo y horizontal» (Guzmán Sierra & López Céspedes, 2022, p.176). Que sea flexible, capaz de construir nuevos acoplamientos, que puedan ser móviles y nos permitan recodificarnos singular y situadamente. Donde las experiencias de cuidado ya no se expliquen a través del mito de la totalidad original ni por lógicas productivistas. Y nos permita reconocernos en la interrelación e interdependencia que nos compone, valorizando también los saberes que desde allí emergen (Haraway, 1995).

Se abre así un camino para mi, para mi formación y mis prácticas profesionales, como resonancia del proyecto TEBAC-Capurro. Un camino de exploración crítico y situado, que se focalice en potenciar el desarrollo de estrategias cotidianas, que si bien no serán ajena a las relaciones de poder, puedan buscar y construir otras maneras comunes de habitar desde el cuidado. Se presenta así un camino de exploración, artesanal que intente una práctica profesional que libere potencias de vida, de encuentros, compañías y co-creación. Y que nos permita comprender que, «cambiar el mundo no es cambiar de mundo. Cambiar la vida no es pensar que la verdadera vida está en otra parte, que es siempre otra» (Garces, 2013, p.117); sino que es asumir nuestra cuota de responsabilidad crítica de los modos que toma nuestra existencia.

Un camino de indagación y experimentación que se abre desde el pensar esta ética del cuidado vinculada al habitar y a su acción política. Un recorrido que llega a su final pero que abre nuevas interrogantes en torno a cómo se piensa y se despliega esta ética en los territorios: ¿Cómo pensarán desde allí esta idea que intento componer en este trabajo? ¿Qué aspectos serán necesarios reordenar y cuáles incluir? ¿Cómo el trabajo desde el habitar y el cuidado, puede abonar en los territorios generando acciones que aumenten la potencia de vida? ¿De qué modo hacerla jugar en las compañías que pueda establecer a futuro? ¿Cómo se puede poner a funcionar para movilizar y potenciar otros modos de existencia singulares-colectivos?

7. REFERENCIAS

- Álvarez Pedrosian, E. (2011). *Etnografías de la subjetividad: herramientas para la investigación*. Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de la República.
- Álvarez Pedrosian, E. (2018). Saberes habitantes en la ciudad contemporánea: narrativas barriales de una etnografía colaborativa. *Mediaciones Sociales*, (17), 67-82.
<https://doi.org/10.5209/MESO.60094>
- Álvarez Pedrosian, E., & Blanco Latierro, V. (2013). Componer, habitar y subjetivar: Aportes para una etnografía del habitar. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales y urbanos*, (15), 1-12. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5569772>
- Álvarez Pedrosian, E., & Blanco Latierro, V. (2025). La etnografía entre la crítica y la clínica: una propuesta de investigación participativa. *Tekoporá*, 6(1), 26-40.
<https://revistatekopora.cure.edu.uy/index.php/reet/article/view/242/179>
- Aranda, M., & García, O. (2014). Solidaridad y acción política. *Sociedad y Discurso*, (25), 1-16. <https://journals.aau.dk/index.php/sd/article/view/994>
- Balasch, M., & Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.
https://www.academia.edu/762651/Una_propuesta_metodol%C3%B3gica_desde_la_epistemolog%C3%A1tica_de_los_conocimientos_situados_Las_producciones_narrativas
- Balcazar, F. (2003). Investigación acción participativa (iap): Aspectos conceptuales y dificultades de implementación. *Fundamentos en Humanidades*, IV(7-8), 59-77.
<https://www.redalyc.org/pdf/184/18400804.pdf>
- Braidotti, R. (2004). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada* (A. Fischer, Ed.; G. Ventureira, Trans.). Gedisa.

- Butler, J. (2017). Vulnerabilidad corporal, coalición y la política de la calle. *Nómadas*, (46), 13-30. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105152132003>
- Cabnal, L. (2010). *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. ACSUR - Las Segovias. <https://porunavidavivable.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/09/feminismos-comunitario-lorena-cabnal.pdf>
- Cachi. (2019, 08 12). *Lo político es personal*. Harta. <https://www.harta.uy/politico-es-personal/>
- Carrasco, C. (2001). La sostenibilidad de la vida humana: ¿Un asunto de mujeres? *Mientras tanto*, (82), 43–70. <http://www.jstor.org/stable/27820584>
- Celiberti, L. (2022). Territorios de cuidados para sostener la vida. *Fundación Carolina*, (18), 1-10. <https://www.fundacioncarolina.es/wp-content/uploads/2022/11/AC-18-2022.pdf>
- Cornu, L. (2017). Capítulo III. Acompañar: el oficio de hacer humanidad. In G. Frigerio, D. Korinfeld, & C. Rodríguez (Eds.), *Trabajar en instituciones: los oficios del lazo* (pp. 101-116). Noveduc.
- Cotidiano Mujer (Director). (2017). *Yayo Herrero - Jornadas de Debate Feminista 2017* [Youtube]. https://www.youtube.com/watch?v=iHjxuJ8ks_Q&t=1934s
- de la Aldea, E. (2019). *Los cuidados en tiempos de descuido*. LOM Ediciones.
- De Lauretis, T. (1989). Tecnologías del Género. In *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction* (pp. 1-30). Indiana University Press. https://perio.unlp.edu.ar/catedras/comyeduc2/wp-content/uploads/sites/197/2021/05/t_econologias-del-genero-teresa-de-lauretis.pdf
- Deleuze, G. (2003). *En medio de Spinoza*. Cactus.
- el Apantle. (2015). Común ¿para qué? *Revista de estudios comunitarios*, (1), 1-212. <https://horizontescomunitarios.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/01/elapantle.pdf>
- Ema López, J. E. (2004). Del sujeto a la agencia (a través de lo político). *Athenea Digital*, (6), 1-24. <http://antalya.uab.es/athenea/num5/ema.pdf>

Esperón, J. P. (2014). El acontecimiento y la diferencia en la filosofía de Gilles Deleuze.

Nuevo Pensamiento, IV(4), 286-314.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=551380>

Fagundez, D. (2024a). Aprendizajes de la emergencia sanitaria por el covid-19 en Uruguay:

De la libertad responsable a la responsabilidad colectiva. *Polis Revista*

Latinoamericana, 23(69), 209-241.

<https://doi.org/10.32735/S0718-6568/2024-N69-3674>

Fagundez, D. (2024b). *Procesos de subjetivación política emergente en la transformación de la territorialidad al este de la bahía de Montevideo*. [Tesis de doctorado no publicada].

Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.

Fernández, A. M. (Ed.). (1993). *Las Mujeres en la imaginación colectiva: una historia de discriminación y resistencias*. PAIDOS.

Fernández, A. M. (2009). Las diferencias desigualadas: multiplicidades, invenciones políticas y transdisciplina. *Nómadas*, (30), 22-23.

<https://www.redalyc.org/pdf/1051/105112060003.pdf>

Ferraris, S. A., & Martínez Salgado, M. (2022). El sostenimiento de la vida: Trayectorias de trabajo remunerado y no remunerado de mujeres en México. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, 8, 1-32.

<https://estudiosdegenero.colmex.mx/index.php/eq/article/view/883>

Foucault, M. (1968). *Historia de la Sexualidad* (Vol. 1: La voluntad del saber).

Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), pp.3-20.

Foucault, M. (1993). Un inédito: ¿Qué es la Ilustración? *Daimon: Revista Internacional de Filosofía*, (7), 5-18.

Foucault, M. (1999). Ética de cuidado de sí como prácticas de libertad. In *Obras esenciales III. Estética, ética y hermenéutica*. (pp.257-280). Paidós Básica.

- Gandarias Goikoetxea, I., & García Fernández, N. (2014). Producciones narrativas: una propuesta metodológica para la investigación feminista. In *Otras formas de (re)conocer: reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista* (Hegoa ed., pp. 97–110). Irantzu Menda Azkue, Marta Luxán, Matxalen Legarreta, Gloria Guzmán, Iker Zirion, Jokin Azpiazu Carballo.
- Garcés, M. (2013). *Un mundo común*. Edicions Bellaterra.
- García Dauder, S., & Romero Bachiller, C. (2002). Rompiendo viejos dualismos: De las (im)posibilidades de la articulación. *Athenea Digital*, (2), 1-20.
<http://blues.uab.es/athenea/num2/Garcia.pdf>
- Gilligan, C. (2000). *La Ética del cuidado*. Fundació Víctor Grífols i Lucas.
- Guattari, F. (1996). *Las tres ecologías* (J. Vázquez Pérez & U. Larraceleta, Trans.). Pre-Textos.
- Guattari, F. (1998). *El devenir de la subjetividad: conferencias, entrevistas, dialogos (Chile, 1991)*. Dolmen Eds.
- Güemes, C., & Cos Montiel, F. (Eds.). (2023). *Cuidados y ecofeminismo: consolidar avances y construir futuros igualitarios en Latinoamérica*. Fundación Carolina.
- Gutiérrez Aguilar, R. (2017). *Horizontes comunitario-populares: producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas*. Traficantes de Sueños.
- Guzmán Sierra, S. E., & López Céspedes, S. (2022). La ética del cuidado como forma de organización política feminista en Costa Rica. *Revista Lationamericana de Derechos Humanos*, 33(2), 165-177. <https://doi.org/10.15359/rldh.33-2.8>
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*. Cátedra.
- hooks, b. (2020). *Teoría Feminista: de los márgenes al centro* (A. Useros, Trans.). Traficantes de sueños.
- Lee Teles, A. (2010). *Política afectiva: apuntes para pensar la vida comunitaria*. Editorial Fundación La Hendija.
- Lefebvre, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Edicions Península.

- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (E. Martínez Gutiérrez, Trans.). Capitán Swing Libros S.L.
- Pascual, M., & Herrero, Y. (2010). Ecofeminismo, una propuesta para repensar el presente y construir el futuro. *CIP-Ecosocial, Boletín ECOS*(10), 1-9.
https://base.socioeco.org/docs/ecofeminismo_propuesta_reponsar_presente.pdf
- Percia, M. (2017). *Estancias en común*. La Cebra.
- Perec, G. (2008). *Lo infraordinario* (M. Cebrián, Trans.). Impedimenta S.L.
- Pozzana de Barros, L., & Kastrup, V. (2009). Cartografar é acompanhar processos. In *Pistas do método da cartografia: pesquisa-intervenção e produção de subjetividade* (pp. 52-75). Editora Sulina.
- Rodriguez, A., & López, S. (2020). Psicología Comunitaria e Integralidad: Una Alianza Necesaria para la Formación, la Producción de Conocimientos y la Acción Transformadora. *PSYKHE*, 29(1), 1-13. <http://dx.doi.org/10.7764/psykhe.29.1.1228>
- Rodríguez, A., Pérez, L., Prieto, M., & López, S. (2015). Caminos en la formación en Psicología Social Comunitaria: Procesos y rupturas. *Psicología, conocimiento y sociedad*, 5(2), 259-277.
http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1688-70262015000100011&lng=es&tlng=es
- Rolnik, S., & Guattari, F. (2006). *Micropolítica: cartografías del deseo*. Traficantes de Sueños.
- Sáez del Álamo, J. (2021, 12 21). bell hooks: una lengua en minúsculas. *El Salto*.
<https://www.elsaltodiario.com/el-rumor-de-las-multitudes/bell-hooks-una-lengua-en-minusculas#>
- Segato, R. L. (2021). *Contra-pedagogías de la残酷*. Prometeo Libros.
- Solver, J. M. (2021). La noción de Ecosofía en Félix Guattari. *XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires*, 1-26.
<https://cdsa.aacademica.org/000-074/345>

Tatián, D., Etcheverry, G., & Camparo, D. (2025). *Spinoza y la psicología: diálogos entre salud, política y universidad*. Udelar. CSEEP.

<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/51222>

Vega, C. (2019). Reproducción social y cuidados en la reinvención de lo común. Aportes conceptuales y analíticos desde los feminismos. *Revista de Estudios Sociales*, (70), 49-63. <https://revistas.uniandes.edu.co/index.php/res/article/view/6114/6175>

Vega Solís, C., Martínez Buján, R., & Paredes, M. (Eds.). (2018). *Cuidado, comunidad y común: experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida*. Traficantes de Sueños.

Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (J. Sáez & P. Vidarte, Trans.). Egalets.